

La gracia de ser jefe

Me gustaría hablaros un poco de la gracia formidable que el Señor nos concede por ser jefe o jefa.

1. Las dificultades que presenta la vida diaria son fuertes, y hacen que a veces perdamos de vista la magnífica responsabilidad que se nos propone.

Permitidme primero repasar los diferentes enfoques que hacemos a menudo de nuestro servicio.

a) Lo que nos es común a todos, después de la euforia de los primeros momentos, es sentir nuestro servicio como si fuese una carga que lastra nuestra vida. Una pequeña voz interior nos susurra: ¡No es posible, ya está aquí otra vez esta actividad que todavía tengo que preparar. Espera un momento: si no te hicieras cargo de esta unidad, ¡tendrías tiempo de hacer cosas apasionantes!

b) Otras veces, cuando estamos montando una salida, la vocecita nos dice: “Primero ¿para qué romperte la cabeza preparando una buena reunión? Con el poco respeto del que eres objeto por parte de padres y de tus jefes, cualquier cosa será suficiente”.

c) La vocecita es tenaz, nos quiere mantener atentos. Sí, para buscar alrededor nuestro y rebuscar, si hace falta, cualquier excusa que sirva para justificar nuestra “liberación” de esa cadena que nos ata.

d) La voz también es divertida: es la que nos recuerda que los consejos de formación que vienen de la jerarquía son buenos para los que no tienen nada que hacer. “Pero yo con los estudios, la unidad y el resto no es posible, y puesto que ya conozco mi trabajo, es inútil que pierda mi tiempo”.

Aquí paro pues la pequeña voz es inagotable y nos haría perder nuestro tiempo con sus tonterías.

2. Esta vocecilla no vive en nuestra cabeza, como podríamos pensar, o en nuestro corazón, y tampoco puede hablar; la tenemos en los pliegues del hígado, incluso un poco metida en la bilis. Esto explica muchas cosas.

Ahí colocada, no ve gran cosa debido a su escaso ángulo de visión. Entonces a base de remover la bilis, termina por colarnos su visión restrictiva y pesimista de nuestro papel de jefe o de jefa. Ciertamente para tragarlo podemos beber toneladas de agua mineral. Esto sólo nos permitirá durar un poco más, pero no es solución.

3. Si queremos que nuestra acción sea tonificante para los otros y para nosotros mismos, hay que colocar a la vocecita en nuestro corazón en sentido bíblico.

Ahí el campo visual toma otra dimensión. Vamos a descubrir la inmensidad de nuestro servicio. Vamos a comprender que la única explicación a esta desproporción entre nuestra pequeñez y la grandeza de nuestro rol no tiene otra fuente que el Señor mismo. Es él, Cristo, el que nos ha elegido para servir donde estamos, si lo queremos.

Os hará bien, ya lo veréis, si pasáis la vocecita del hígado al corazón ¡Una misión siempre es más atractiva cuanto más difícil es!

Ahí nuestro sitio se vuelve más relativo en esta inmensidad, y finalmente el que jerárquicamente está por debajo o por encima nos parece singularmente próximo. Es nuestro hermano, nuestra hermana y su misión es igual de difícil que la nuestra, incluso si es de otro orden distinto. Esta misión también nos ha sido confiada por Cristo; El desea que la hagamos según su Voluntad. Recordad que suele decirse que el servidor es tan grande como el maestro.

4. Nuestro papel de jefe o de jefa tomado desde este ángulo adquiere una resonancia muy profunda. En particular, descubrimos que el servicio a los demás, cuando es vivido en plena caridad, es una fuente de alegría prodigiosa que solo se encuentra en él.

Los esfuerzos que hacemos por intentar ser ejemplos para nuestros jóvenes, poco a poco, nos van transformando profundamente.

La atención que dispensamos a cada uno es fuente de reflexión sobre nosotros mismos y nos ayuda a progresar al mismo ritmo que lo hace nuestro servicio.



Debemos entonar el "Magnificat" a lo largo de la jornada, por las gracias tan grandes que Dios nos concede.

5. No penséis que sueño despierto, sé bien que tenéis mucho trabajo que cumplir con vuestros estudios. Pero también sé por experiencia que el hombre no puede alcanzar su equilibrio a largo plazo si no cuida la educación completa de su persona. Lo que quiere decir que es limitativo polarizarse en una sola actividad.

Nuestro deber de estado nos pide, después de haber dado el primer lugar a la familia, el segundo al trabajo y el tercer lugar (para nosotros) al escultismo; y tantos más lugares tras estos según el tiempo que nos sobre. Para profundizar sobre esta cuestión, os invito a estudiar lo que al respecto enseña la Iglesia.

6. Nuestra misión de jefe o de jefa supone el rechazo de la mezquindad, de la apatencia, de los chismorreos, pues nuestro tiempo es precioso. La confianza que se nos ha dado debe transmitirse a los demás. Debe ser fuente de profundización, pues ¿quién puede estar seguro de hacer lo que debe?. Ciertamente, hacer lo que uno puede está bien a la edad lobato, pero hacer lo que uno debe es necesario para que nuestra acción sea coherente. Par ello, debemos acoger la formación personal en todos sus aspectos como un don de Dios, y no como una simple tarea.

7. Si cada uno hacemos el esfuerzo que nos corresponde (cada cual debe examinar su conciencia); si nuestro servicio está volcado sin reservas y totalmente hacia los jóvenes, en un espíritu de desprendimiento en la medida de lo posible; si pedimos a Nuestra Señora que nos sostenga, os garantizo que Cristo nos dará la gracia de vivir y conocer una felicidad verdadera, fuerte y contagiosa.

Para terminar os recuerdo el final del primer discurso de Juan Pablo II: "No tengáis miedo, abrid las puertas de vuestro corazón a Cristo".

Jacques Mougnot, CGS Francés y CF UIGSE
Maîtrises 66, noviembre 1984